

**Si algo caracteriza a nuestro presente es el aumento del debate público, sobre todo desde espacios focalizados en la sociedad civil. Los cambios acaecidos en la sociedad cubana en los últimos años y la expansión del ciberespacio en los centros urbanos y sus periferias han potenciado una mejor circulación de ideas dentro de la Isla. En medio de este contexto los intelectuales cubanos han acompañado, de forma creativa, el proceso de reformas que tiene lugar en el país. *Espacio Laical* ha convocado a un grupo de ellos para dialogar sobre la marcha del proceso de reformas y los vínculos entre intelectualidad, debate público y servicio a la nación. Participan el escritor y guionista Arturo Arango, el antropólogo y activista social Dmitri Prieto, el filósofo Jorge Luis Acanda, el investigador y politólogo Hiram Hernández y el Premio Nacional de Literatura Leonardo Padura.**

**1- En Cuba han ocurrido cambios positivos en los últimos diez años. A su juicio, ¿cuáles han sido los más significativos?**

**Arturo Arango:** En la pregunta hay dos adjetivos que pueden comprenderse desde la ambigüedad. Me voy a servir de ellos para contestar. El primero es “positivos”. Pudiera comprender que se refieren solo a aquellos cambios que, a mi juicio, o de acuerdo con el criterio de *Espacio Laical*, o según el consenso más o menos apreciable en la mayoría de la población, son positivos. Pero también pudiera comprender que se dan como “positivos” todos o la mayoría de los cambios. Algunas de esas transformaciones pudieran, en lo inmediato, entusiasmarme o provocar esperanzas ya no solo en mí sino en otras muchas personas. Sin embargo, es obvio que muchas de las reformas están agudizando las diferencias económicas y sociales, las desigualdades de todo tipo. Me atrevería a decir, incluso, que son, o pueden llegar a convertirse, en el caldo de cultivo para un pensamiento conservador, o para otro tipo de pensamiento conservador en Cuba. No soy economista, ni sociólogo, ni politólogo. Dedico la mayor parte de mi tiempo a concebir historias ficticias y a enseñar a pequeños grupos de jóvenes cómo se articula una historia, cómo crear seres que parezcan humanos aunque nunca pasarán más allá de la condición de personajes. Esta profesión implica vicios, manías: la de observar, en primer término, y luego la de intentar comprender el sentido de esos trozos de realidad que, por alguna razón, permanecen en nuestra memoria. Entonces, ¿qué significa, por ejemplo, el cambio de paradigmas estéti-

cos que se advierte en el cubano de hoy? La imagen, pongamos por caso, de un hombre vestido con una camisa a cuadros, un resplandeciente sombrero tejano, que conduce un convertible construido hace sesenta años y en perfecto estado de conservación, ¿qué nos dice? O la escena del dueño de una cafetería de éxito que maltrata a su camarera porque se ha equivocado al servir un jugo y, delante de los clientes, la amenaza con el despido, ¿qué significa? En el primer ejemplo, estoy ante una imagen que remite a La Habana de los años 50, o a la duplicación de esa imagen del otro lado del estrecho de La Florida: entre el pasado capitalista o la mirada colonial a Miami. En el segundo, frente a una combinación de la ineficiencia en los servicios que hemos padecido por décadas y el esquema capitalista de dueño contra empleado sin protección. Entre esa empleada y una emigrante ilegal del tercer mundo en un país desarrollado hay pocas diferencias.

Pocos años atrás escribí que lo importante era que el país saliera de la inercia en que estaba sumido y que comenzara a modificarse, aunque de seguro, cuando los cambios se pusieran en marcha, muchos, de una forma o de otra, estaríamos inconformes con las decisiones adoptadas. Si buscara cómo calificar la totalidad o la mayoría de los cambios realizados evitaría la palabra “positivos”. Preferiría “necesarios”, por ejemplo. Lo necesario no siempre es positivo. El desastre en que se encontraba (y está aún) la economía cubana hacía impostergables las medidas que se han tomado, y muchas más que tendrían que hacer crecer las fuerzas productivas. Eso está fuera de toda duda.

Sin embargo, creo que, para valorar o calificar cualquier transformación, hay que pensarla siempre en su direccionalidad. La pregunta de *Espacio Laical* sitúa un lapso de diez años. En esta década se pueden identificar, a mi juicio, dos momentos muy distintos. En el primero, situado bajo los años finales de la presidencia de Fidel Castro, hubo una recentralización del Estado, un interés innegable por proteger a aquellos sectores cuyo nivel de vida se deprimió más luego de 1991, pero ese interés se ejerció mediante políticas populistas y, a juzgar por lo dicho pública y reiteradamente por el propio Raúl Castro después de 2006, con efectos desastrosos para la economía.

El segundo momento, ya bajo la presidencia de Raúl, cambió totalmente la direccionalidad. Cuba avanza de forma progresiva hacia el adelgazamiento del Estado, por una parte, y por la otra hacia un crecimiento de la economía de mercado. Si esas tendencias no encuentran un contrapeso, si no se articulan fuerzas que se opongan a ellas, no tardará el nuestro en ser un país capitalista más. Y el problema del capitalismo es que no se puede ser medio capitalista, o solo un poco capitalista. El dilema, siempre, es ser o no ser.

El segundo adjetivo es “significativos”: La primera acepción que fija el Diccionario de la Real Academia de la Lengua no tiene nada que ver con este asunto. La segunda sí: “Que tiene importancia por representar o significar algo.” Insisto en la precisión: lo significativo no implica un juicio de valor.

En estos diez años, sin dudas el acontecimiento más significativo fue el cambio de presidente. No fue, como todos sabemos, una medida pensada y decidida por el gobierno, sino impuesta por la naturaleza.

Tomando ahora como límite los últimos tres años, considero que son significativas, y positivas, todas las medidas que han reconocido, al fin, la soberanía de las personas para ejercer sus derechos sobre sus propiedades individuales (casa, auto), u otros derechos ciudadanos como el de viajar libremente a otros países.

Me parecen importantes todas las que están dirigidas a fomentar la productividad de las tierras y de otros recursos naturales.

Me parece muy significativa, pero negativa, la que permite explotar la mano de obra, casi siempre barata, de los empleados.

**Dmitri Prieto:** Creo que entre los cambios más significativos está la eliminación de una larga serie de prohibiciones y limitaciones, muchas de las cuales afectaban fundamentalmente a cubanas y cubanos que viven en el país, discriminándolos respecto a extranjeros o a compatriotas que residen en el exterior.

No obstante, no logro deshacerme de la impresión de que hemos perdido mucho, mucho tiempo, y a la hora de implementar estas reformas el tejido social de la Nación, la matriz convivencial en la que vive el

pueblo cubano, están mucho más dañados que hace 15 ó 20 años, cuando ya estuvo claro que Cuba debía cambiar irremediamente. Pienso sobre todo en las nuevas generaciones, que desafortunadamente reciben una educación bastante inferior en calidad a la que recibimos nosotros, y que también están construyendo sociabilidades animadas por una ética que no favorece el respeto ni el altruismo... no pretendo aquí dar el repetitivo mensaje de que “la juventud está perdida,” sino resaltar que los cambios devendrán en NADA (o serán contraproducentes a partir de la gestación de más y más profunda violencia, que puede ahogarlos en sangre y exigencia de “mano dura”) si no logran involucrar de manera incluyente a jóvenes, a personas con iniciativa, emprendimiento y creatividad, y a sectores menos favorecidos –implicándolos en relaciones donde exista un lugar central para la práctica de la solidaridad y del protagonismo crítico. Si esto no llega a suceder, habrá una seria y perdurable amenaza sobre los cambios en Cuba.

Otros cambios muy significativos creo que son el inicio de la reforma económica (con un sentido que debe ser menos incierto y dotado de sustancia: las cuestiones de fondo no se resuelven con consignas ni con tecnicismos, y deben ser abordadas desde lo social –tanto en el sentido de la preocupación pública por los diversos sectores sociales, como en el de tomar las decisiones democráticamente desde la sociedad misma), la enorme ampliación del debate público y de la libertad de expresar criterios (que aún se limita a escenarios y territorios específicos, pero que debería ganar en profundidad y alcance, en la aceptación de las diferencias, y ampliarse radicalmente a la Nación en su conjunto y a cada uno de los hogares cubanos), la reforma migratoria (que debe acabar para siempre con las expresiones mismas “se fue...”, “se quedó”, “desertó”, y con toda la tragedia apocalíptica de la segregación del hogar cubano y la ruptura existencial en tantas vidas..., al tiempo que lanza a nuestra Nación a un destino global –y si es para bien o para mal dependerá de cómo lo aprendemos a asumir- pero cuando se ejercen más derechos siempre creo que es para bien).

No creo, sin embargo, que todos los cambios sean positivos. Me preocupa mucho la situación de la cultura –no solo de la “alta” cultura, sino de la cultura “de raíz” (*grassroots* en inglés), la que anima a las multitudes... la de la educación, que considero muy limitada, dogmática, desconectada de la praxis real, adoctrinante, invocadora de falsedades e ideologismos trasnochados, repetitiva, desmotivante, aburrida, fragmentaria y en general de muy poca calidad; y si esto no lo logramos rectificar en el sentido de Luz y Caballero (maestro=Evangelio vivo) o de Martí, vendrán tiempos peores. Solo con transparencia pedagógica total se vence la falsedad egolátrica del reguetón. Más cuando importa ahora también la preparación para un mundo



Arturo Arango

global y digitalizado. Mientras infantes compatriotas de la América Nuestra en países como Venezuela o Argentina reciben laptops gratuitas con acceso a Internet, acá eso aún es demasiado sueño... Lo más importante es la motivación, y eso es lo que falta en el sistema educativo cubano, a menudo de ambos lados del pupitre (tanto en alumnos como en pedagogos). Por otra parte, también en este ámbito la eliminación de las "escuelas al campo" es una buena señal.

Me preocupa que pueda permanecer incólume y que no mejore nuestro sistema de salud. Comunidades enteras se han sentido amenazadas en ese aspecto por los nuevos vientos de la "racionalización".

El tema de los medios de comunicación social es también un lugar común. Nuestra prensa, la radio, la televisión y los medios digitales oficiales deben responder a las señales de los tiempos. Disponer de más horas de Telesur es una buena noticia, pero es también donde más se ve la distancia entre Cuba y otros países de Nuestra América.

Desgraciadamente, aún anida la miseria cívica y física en muchos hogares y corazones, y estaré contento si todos y todas quienes actuamos como agentes de cambios (en perspectiva, la ciudadanía completa, sin limitaciones absurdas y aburridas) logramos al final desterrarla para siempre...

**Jorge Luis Acanda:** Teniendo en cuenta que estamos en abril de 2013, la pregunta abarcaría un período que habría comenzado en 2003 o, a lo sumo, en 2002. Pero voy a concentrar mi respuesta en el último quinquenio. Creo que lo más significativo ha sido la aceptación generalizada de la necesidad (más aún, de la inevitabilidad) de producir transformaciones en el entramado de las relaciones sociales existentes. Lo que por tal se entiende, naturalmente, varía en cada persona y en cada sector y/o grupo social.

**Hiram Hernández:** Para señalar "cambios positivos", en cualquier escenario, se precisa considerar los actores sociales portadores y los destinatarios; así como los fines y métodos empleados para definir las transformaciones. En Cuba, lo más factible sería colocarse en el 2006, con el traspaso del poder político de Fidel a Raúl Castro. Un suceso sin estridencias políticas que ha catalizado cambios necesarios en la sociedad cubana, incluido la implementación de un nuevo modelo económico y la voluntad política de "cambiar lo que debe ser cambiado".

El discurso de Raúl Castro el 26 de julio de 2007 abrió un debate sobre la necesidad de asumir un modelo económicamente viable. Comenzó un proceso que tuvo como corolario la consulta sobre el "Proyecto de Lineamientos de la Política Económica y Social". En otros momentos de la historia de la Revolución se efectuaron llamamientos a la consulta popular, pero -comparado con la opacidad de los anteriores- el ocurrido a lo largo del 2010 fue el más extenso y transparente. El mismo logró modificar y ampliar en más de la mitad el contenido inicial del proyecto presentado.

El VI Congreso del PCC refrendó en los Lineamientos la estrategia para la "actualización económica." La que supone modificar principios y procedimientos que por décadas "sostuvieron" el sistema económico cubano, a saber, el predominio exclusivo de la propiedad estatal, el riguroso plan central, la concentración en las decisiones y la supresión del mercado. En el nuevo modelo el Estado debe desprenderse de las actividades no estratégicas, estimular la iniciativa individual y erradicar el "igualitarismo." Persiste en su definición socialista en tanto refrenda la prestación gratuita y universal de los servicios de salud y educación, reafirma que se impedirá "la concentración privada de la propiedad" y que "ningún cubano quedará desamparado."

Las reformas en curso impactan el mapa social sobre el cual los cubanos desenvuelven sus vidas. El propósito de proceder en dirección a la "eficiencia económica" y la eliminación de torpes restricciones -comprar un celular, vacacionar en un hotel, compraventa de viviendas, viajar sin costo adicional por el permiso de las autoridades oficiales, etc.- suscita insumos de apoyos hacia el sistema político y amplía las expectativas sobre la consecución del proyecto de vida personal en el país.

Hay señales positivas: el estímulo otorgado al mercado de servicios y la libre contratación de trabajo suponen la ruptura del monopolio económico estatal; el llamado a distinguir entre Estado y Partido; la limitación del mandato para los más altos dirigentes; el reconocimiento de la pluralidad y la convocatoria a ejercer un periodismo no aburrido y crítico.

La ciudadanía agradece que en discursos breves y realistas la máxima dirección califique de corrupción -ya no solo de exceso de celos- los ejercicios discre-

cionales del poder. Aquí situaría la evolución que “sin prisa pero sin pausa cabe esperar”: reforzar la institucionalidad de la República con el objetivo de impedir la corrupción y arbitrariedad de funcionarios y “emprendedores”; institucionalizar el “cambio de mentalidades” a partir de espacios deliberativos, mecanismos de control y vigorosos instrumentos para el ejercicio popular de la soberanía. Se trata, en resumen, de garantizarle a la ciudadanía la dirección en común de todos los bienes y asuntos colectivos.

**Leonardo Padura:** Después de los cambios forzados que se introdujeron en la sociedad cubana en la década de 1990, a raíz de la “declaración” de que habíamos entrado en un “período especial en tiempos de paz” y de los cambios inevitables en su dinámica interna que generó una sociedad asediada por todas las crisis (sobre todo en la esfera del pensamiento, la moral, la relación entre los individuos y de los individuos con el Estado), Cuba entró en una etapa de franco estancamiento de sus estructuras, o, más aún, de anquilosamiento de sus estructuras. Entre 1996 y 2006, si bien el país no vivía con las mismas condiciones materiales que existían durante los años más terribles del periodo especial, la ligera mejoría se debió, en lo esencial, a la ayuda que entregó Venezuela a cambio de cooperación en diversas esferas, o sea, de material humano cubano, más que por una recuperación económica sostenida. Hacia 2006, aunque se publicaban cifras de crecimiento económico cuyo reflejo en la vida cotidiana nadie veía por ninguna parte, la sociedad y, sobre todo, la economía cubana habían llegado a un punto de contradicción que podía ser explosivo o al menos implosivo.

A partir de esa fecha comienza a haber conciencia de la necesidad de introducir cambios más profundos en la economía y en la sociedad, para con ellos, gracias a ellos, tratar de conservar intacto o lo más intacto posible el sistema político. A la hora de valorar esos cambios resulta muy difícil cuantificar su importancia y decir cuál ha pesado más. Por ejemplo, sin duda un cambio muy trascendente, de los más trascendentes, ha sido la reforma migratoria aprobada y puesta en marcha a principios de 2013, pues altera de una forma muy profunda la relación del cubano con la posibilidad de establecer proyectos de vida, programarse o plantearse un futuro. Pero no menos importante ha sido la cuantiosa disminución de la propaganda política (no anunciada como cambio, creo, pero cambio al fin y al cabo) con el desmontaje de aquella costosísima y muchas veces vacua “batalla de ideas”, con toda su retórica, sus mesas redondas, sus concentraciones municipales semanales y un largo etcétera de muy escasa influencia social. Ha sido importante también la apertura de la posibilidad del trabajo por cuenta propia, todavía muy primitivo en su alcance, demasiado controlado aún, ahora incluso

asediado de una manera que contradice la supuesta voluntad política del gobierno por una ley tributaria de las más leoninas del mundo (al ganar 50 mil pesos en un año, o sea, 2500 CUC debes pagar al fisco el 50 por ciento de las ganancias, algo que muchos cuentapropistas todavía no saben y que a fin de este año les caerá encima como un tsunami), la incipiente creación de cooperativas, la eliminación de trabas y regulaciones burocráticas que no te permitían ni siquiera ser realmente dueño de lo que, en algún papel, aparecía como propiedad personal del ciudadano... Y creo que ha sido muy, muy importante, el cambio de estilo de gobierno, una transformación en la que no se toman decisiones solo por voluntades políticas, sino teniendo en cuenta realidades económicas... Y, como perspectiva de futuro, casi como interrogación, veo como un cambio significativo la aprobación de que los mandatos de gobierno se enmarquen en un período de diez años, para todos los dirigentes de alto nivel. O sea, que está la perspectiva de ver un gobierno totalmente diferente en el año 2018, pues no es solo Raúl quien deberá dejar su cargo, como ya lo ha anunciado, sino también Díaz-Canel o Esteban Lazo, si se considera que un ministro o un dirigente nacional o provincial del Partido es un alto cargo político en Cuba, donde no oficialmente, pero de hecho gobierna el Partido ¿no?

## 2- ¿Cuáles han de ser las más importantes reformas que deberán implementarse en nuestro futuro inmediato?

**Arturo Arango:** Como el énfasis, hasta ahora, ha sido puesto en la economía, considero que esas reformas por implementar deberían ser de orden político y social.

Sin embargo, en el ámbito de la economía debería haberse hecho mucho más para fomentar otras formas de propiedad no estatal que fuesen más cercanas a la idea socialista. Siempre me ha llamado la atención que el Partido y el gobierno cubanos han preferido (ahora y en los años 90) aceptar o privilegiar modos de propiedad individual en lugar de formas cooperativas, hasta hace muy poco limitadas solo a la agricultura, y ya al fin un puñado de actividades de servicios o de la construcción.

En cuanto a lo político y social, está todo por hacer, prácticamente: desde la política, hay que crear o fomentar todos los modos de resistencia posibles al avance del capitalismo, incluyendo al capitalismo de Estado, que es tan indeseable como cualquier otra forma de capitalismo.

Para ello, es imprescindible reconocer y respetar el derecho a la libre expresión. También hay que abrir las opciones para que exista un control popular, real, no ficticio, como se supone que sea ahora, sobre la administración de los recursos del Estado, y ahí la función activa, crítica, de la prensa, es vital. Hay que eliminar

de una vez y por todas el control del Partido sobre la prensa.

Es necesario devolver a los sindicatos su función original, para que actúen en defensa de los trabajadores: de todos los trabajadores.

Por último, y como resumen de todo lo anterior, hay que refundar la democracia. Insisto en que como estos ámbitos no son mi especialidad, sé que hay que hacerlo pero no sé cómo. No creo que, fuera del discurso oficial, haya en Cuba alguien conforme con nuestra presunta democracia. Pero cada vez más es evidente que el sistema de partidos políticos es obsoleto y que ya no funciona en país alguno, llámese Italia, México, España, Estados Unidos, Venezuela... La politiquería es la peor manifestación de la política, y se debe huir de ella, a toda costa.

**Dmitri Prieto:** Pienso que en este sentido hay importantes propuestas, entre las cuales destaca la reciente del Laboratorio Casa Cuba, con la cual concuerdo totalmente.

El acceso a Internet es fundamental. La autogestión en todos los ámbitos. Que la reforma económica adquiera un sentido social; que el emprendimiento, más que un hecho de buscarse los quilos o “hacer negocios” en serio, sea también autoorganización, autorrealización del trabajador. Alejarnos de una noción jerárquica y autoritaria (muchas veces incluso totalitaria) de lo que es la disciplina. Reconocer en el *orden* una necesidad universal cuya mamá verdadera no es la dictadura (que a la larga conduce al caos), sino la libertad plena para todos y todas, en todos nuestros derechos, en la Nación toda. Y leer la noción de la soberanía nacional (la soberanía nuestra: es nuestra soberanía, no lo olvidemos jamás) en esa clave republicana y libertaria, y no en otras, de prosapia absolutista, al gusto de quienes tan enfáticamente suelen invocar la Razón de Estado al sentir que le han pisado un callo.

Estos son propósitos para reformas de envergadura y alcance constitucional, y la reforma constitucional será siempre mera letra muerta y comidilla enviciante para burócratas y leguleyos mientras no se involucre con la norma la vida real, comunitaria, protagónica de personas de carne y hueso...

Arrasar para siempre con vetustas exclusiones y segregaciones que injurian y laceran la cubanía. No solo las ya “clásicas” de género, raza, orientación sexual, sino también la de clase (una sola pregunta: ¿quiénes realmente disfrutan hoy de la cultura cubana? -¿alguien ha compilado cómo pueden acceder quienes trabajan del modo más “tradicional” a los bienes culturales, pensando en factores tales como el precio, el lugar, el horario?), la de territorio, la de discapacidad o de edad, la de opinión política o ideológica. Eliminar las censuras. Liberar el ciberespacio.

Crear las vías para que grupos espirituales no reconocidos hoy (musulmanes, budistas, yoguis, Hare Krishna, toltecas, rastafaris, y por supuesto toda la diversa panoplia de la religiosidad popular cubana allende los límites de la Asociación Cultural Yoruba) puedan auto-organizarse y tener sus propios y respetados espacios sociales.

La imprenta y los medios electrónicos de comunicación deben pasar efectivamente a manos de comunidades diversas, no a las de los burócratas...

Crear un verdadero mercado mayorista. Crear posibilidades para un efectivo autoempleo individual (personal) y colectivo (cooperativo, autogestionario) que eleve el sentido de la dignidad humana y no disfrace de manera descarada viejas mecánicas explotadoras, sexistas y violentas, en un final, capitalistas a lo Tercer Mundo. Donde no haya autoempleo veraz debe haber derecho a huelga.

El lugar del salario y de la plusvalía en nuestra economía (y a la larga la distribución del esfuerzo en cada hogar, porque ¿alguien sabe cuánto contribuye el trabajo doméstico reproductivo, generalmente femenino, a la Renta Nacional?) deben ser discutidos a la luz del sol y “a camisa quitada”, y no ser más objeto de vergonzantes y públicos ocultamientos ideológicos, como lo hemos visto en lamentables escenas de una gran



Dmitri Prieto

Foto: Ballate

reunión política que salió por la televisión. Igual debe discutirse en general cómo y por quiénes se decide actualmente la (re)distribución del producto interno bruto de Cuba.

Pienso que una buena fórmula concisa debe ser:

“Economía *con* mercado, nunca Economía *de* mercado:

Emprendimiento siempre con Empoderamiento.”

Eso, que parece un trabalenguas, es una buena consigna para nuestro futuro próximo, significa que el centro de la operatividad económica es (realmente lo es, no solo “debe ser”, y los buenos gerentes capitalistas lo saben) siempre el ser humano concreto, nunca el mercado o ese nuevo engendro ideológico tan lamentable que es el “capital humano.” Por supuesto, el Capital también hace falta, sin recursos acumulados no hay economía, pero el cómo situarlos -en tanto no son meras cosas, sino relaciones sociales totales- debe ser objeto de la más amplia y democrática discusión.

La Libreta de Abastecimiento... lo justo es que desaparezca, pero digo “justo” en justicia abstracta: ¿alguien ha cuantificado la fracción de la población cubana que la necesita para cubrir sus necesidades diarias más básicas? Hay antropólogos y sociólogos que lo han hecho, y es una fracción enorme. Incluso algo tan simple como la relativamente reciente “liberación” de la venta de papas perjudica, desfavorece a miles y miles de personas de bajos o muy bajos ingresos. Para mí, sería macabro que desapareciera la libreta sin ser sustituida por modos más incluyentes, menos autoritarios, y socialmente más eficaces de redistribución de recursos, que empoderen a la gente menos favorecida. Pude tratarse de una red nacional de Cooperativas de Consumo -una cooperativa con varios establecimientos por comunidad; con empleados electivos y sujetos a responsabilidad pública; con posibilidad de involucrarse en ampliar sus negocios redistributivos en función de las necesidades populares, a partir de mercados mayoristas y sistemas propios de acopio; con distribución anual de dividendos y descuentos a la totalidad de las familias afiliadas cooperativamente al sistema.

Dentro de esta línea de protección protagónica o empoderamiento de los grupos desfavorecidos, existe una propuesta que se denomina “Renta básica,” consistente en garantizar un ingreso ciudadano universal que cada residente recibe con independencia de si trabaja o no; ha sido probada en Alaska y es hoy una de las reivindicaciones enarboladas por la izquierda republicana en España. De algún modo, mantiene el espíritu garantista de la Libreta de Abastecimiento pero con modos mucho más libres de ser aprovechados en función de las necesidades de cada cual. Es un método eficaz para promover la equidad, favorecer el autoempleo, la capacidad negociadora de las clases trabajadoras, las posibilidades de estudio y la movilidad social ascendente.

Este sistema, acoplado con el de las cooperativas (de consumo y de producción), puede asegurar una economía con garantías para dotar a todas las personas de un entorno digno, de buen vivir, pero también con un aprovechamiento óptimo de las posibilidades que brinda el mercado libre... (ojo: no libre en el sentido neoliberal, o sea, libre para explotar las necesidades básicas de la gente, sino liberado de las interposiciones del parasitismo estatista-burocrático y por tanto constituido en instrumento óptimo para la redistribución horizontal y eficaz de recursos desde un humanismo práctico, personalista-comunitario, en una sociedad también libre).

**Jorge Luis Acanda:** Más que presentar una lista de medidas puntuales, lo que quiero reafirmar aquí es una idea que ya he presentado en otros lugares. Las transformaciones que produzcamos, si queremos que redunden en el beneficio de la mayoría y en la defensa de la integridad de la nación, han de colocarse en la dirección de facilitar una mayor socialización del poder y de la propiedad. Solo así podrá garantizarse la conjunción de los ideales contenidos en una concepción concreta de humanismo (basada ante todo en la eliminación de la explotación), junto con los de la democratización, conjunción que es para mí la esencia del concepto de socialismo.

**Hiram Hernández:** Esta pregunta necesita ser extensa y profundamente deliberada por todos los cubanos. Hoy nos encontramos en los “inicios de partida” de un proceso de reformas que afectará la vida de nosotros. Esto quiere decir que a la actualización del modelo económico le es concomitante una actualización del modelo de república. El proceso abierto es prometedor, pero solo empoderando al ciudadano se podrá constituir colectivamente un orden social de orientación socialista.

El proceso de reformas constitucionales, como se ha anunciado, se encuentra en fase de estudio por una comisión. Se debería activar un amplio proceso deliberativo que acompañe directamente este procedimiento para informarlo y orientarlo en relación con las demandas y prioridades ciudadanas. Lo cual implicaría no solo aprovechar el talento colectivo, sino garantizar un grado mayor de compromiso y responsabilidad hacia la norma constitucional.

Se trata de analizar, primero, los instrumentos mediante los cuales se constituye colectivamente la república de las leyes. Una reforma necesaria, por ejemplo, sería establecer el derecho de la ciudadanía a modificar y reformar la propia Constitución. Lo que proseguiría con el real ejercicio de la Carta Magna como mecanismo cotidiano de regulación social y superar el uso excesivo del decreto ley en detrimento de la deliberación asamblearia para la creación, reforma e impugnación de las leyes.

Se impone activar los mecanismos de participación popular existentes y crear nuevos instrumentos que garanticen la intervención y decisión ciudadana en la cosa pública. Lo que viene a decir que las reformas más importantes serán aquellas encaminadas a robustecer la relación entre democracia y socialismo.

**Leonardo Padura:** Hay una reforma sin la cual no es posible plantearse un futuro económico para Cuba, y es la solución de la trampa de la doble moneda, cuya existencia deforma todos los niveles de la economía, desde la macro hasta la doméstica. Debe haber una reforma más estructurada en la prensa, porque no creo posible cambiar un país como Cuba sin que se revolucione la forma de expresarse la opinión y la información, pues todos los grandes medios responden al mismo conglomerado político que es del gobierno-Estado-Partido y en esencia responden a sus intereses y políticas. Pero hay otro cambio, cuyos efectos van de lo económico a lo político, pasando por lo social, lo legal, lo intelectual y por todos y cada uno de los componentes de la sociedad, que es el libre acceso a Internet de los ciudadanos. Me explico... Creo que el mundo de hoy está viviendo en una nueva era, más que en un nuevo siglo o etapa histórica. Una era nueva: la digital. Hoy en día prácticamente todas las relaciones económicas, sociales, incluso políticas, por no hablar ya de la información, el conocimiento, y hasta el ocio, pasan por el mundo digital y la Internet. Cuba no puede aspirar a modernizarse, a cambiar, a evolucionar, sin el acceso masivo a Internet, lo cual implica un uso generalizado por sus ciudadanos, no solo por sus instituciones. Hoy en día, hoy mismo, el estado de las comunicaciones en la isla es calamitoso. Con mucha frecuencia llegas a un banco para hacer una operación y te encuentras con que “el sistema está caído” y no puedes hacer esa operación; o que no puedes renovar un documento – carnet de identidad, licencia de conducción– porque el mismo sistema está igualmente caído... y eso es lo más pedestre en ese terreno amplísimo, aunque son ejemplos demostrativos de dos cosas: que si técnicamente no se resuelve el problema del acceso a Internet, el país no puede funcionar; y, segundo, que si no resuelves esas dificultades técnicas y abres el uso de Internet a la sociedad, los cubanos seguirán siendo ciudadanos del siglo pasado, que acumularán un retraso de conocimientos, habilidades, posibilidades que con mucho, mucho trabajo será posible y necesario superar (el retraso). Tal vez se haya hecho una lectura estrecha, solo política y desde el presente, de lo que significa el acceso a Internet y se haya reducido su esfera de acción a la información que la gente puede manejar, aunque es solo una parte de ese universo. Al manejar o controlar la información, por ejemplo, puedes controlar el conocimiento sobre qué ha ocurrido, precisamente, con el destino del cable de conexión que resolvería el

acceso rápido a Internet para el país. Es cierto. Pero mientras ese control se concreta, hay miles, varios miles de hogares cubanos, incluidos los más modestos y casi que pobres, en los que la fuente fundamental de información son los canales hispanos de Miami captados por el “cable”... ¿De qué monopolio de información se puede hablar entonces? ¿Y el resto de las actividades sociales, económicas, educativas que se realizan hoy en el mundo a través de Internet?... Definitivamente, soy de los que creo que, sin Internet, no hay un cambio real y profundo, pues, repito, vivimos en la era digital, y mantenernos de espaldas a ella nos cobrará un precio económico notable.

Y como último cambio posible –entre decenas de cambios necesarios y hasta urgentes– mencionaría el de la política del secretismo oficial respecto a los destinos del país y de los ciudadanos. Se ha dicho, por ejemplo, que los grandes cambios, los profundos, los más meditados por el gobierno están por llegar, llegarán pronto, pero... ¿alguien nos ha dicho qué cambios son esos cuando, si son tan importantes y profundos, seguramente incidirán en nuestras vidas de cubanos?

### 3- ¿Cómo pueden ayudar los intelectuales cubanos, tanto los que residen dentro como fuera de la Isla, al éxito de estos cambios?

**Arturo Arango:** De nuevo me parece que la pregunta supone un principio con el que estoy en desacuerdo: que todos los intelectuales cubanos, vivamos donde vivamos, aspiramos a idéntico resultado de los cambios. Yo trato, todos los días, de evitar que Cuba regrese al capitalismo. Me parece que es lo peor que podría pasarle. Hay muchos otros que hacen lo posible por ayudar a que ocurra esa restauración.

A mí me parece que para la intelectualidad que rechaza el capitalismo, al menos en un comienzo, es impostergable ganar espacios para renovar el pensamiento llamado de izquierda, actualizarlo, relacionarlo con otras realidades y, como es natural, socializarlo, que es, quizás, lo más difícil.

**Dmitri Prieto:** La crítica no debe reñir con el respeto ni la militancia con el diálogo. En perspectiva, quisiera poder vivir un protagonismo intelectual solidario donde quepan la revolución y la reconciliación. Debemos ser capaces de abrirnos humildemente al diálogo crítico, reflexivo, con todos los sectores sociales.

Remarco aquí que sería muy bueno que quienes pensamos a la izquierda del espectro político-intelectual cubano abandonemos las nociones autoritarias y burocráticas –estatistas/estadocéntricas/estadolátricas, o bien gerenciales– de la economía y la soberanía (ya hablé sobre eso en las preguntas anteriores)... como dijo tajantemente el siempre controvertido Alfredo Guevara en lo que me gusta considerar su “testamento político”: “ahora lo que sí considero imprescindible, es

que la sociedad cubana se libere del Estado; y que [lo que] fue, va[ya] a ser y sea Sociedad”. Sobre su expresión “la sociedad cubana saldrá, parece, de la prisión del Estado; el Estado soltará su presa, quiera o no quiera”- siempre me cupo la duda (mi imagen del *imperium* es la de un ave de rapiña, probablemente inspirada por el águila imperial) acerca de la altura a la que la presa sería soltada, y el rigor de la superficie sobre la cual habría de precipitarse. La desestatización de la sociedad cubana, invocada por Guevara, no debe olvidar el sentido más amplio de la justicia, de lo cual creo que él se percataba bastante bien.

Me asombra que en el ámbito del pensamiento social no hayamos sido capaces aún de saldarle las cuentas al totalitarismo de estirpe pseudo-soviética (digo pseudo porque “soviet” significa consejo obrero, y lo que realmente imperaba en la URSS no tenía nada que ver con eso) replicado tantas veces en territorios “socialistas” durante el siglo XX. Salvo poquísimas honrosas excepciones, la “intelectualidad” cubana aquí y allá no ha logrado una respuesta explícita, coherente y creíble a la pregunta sobre qué fue lo que pasó en la URSS, en China, en los demás territorios del “Oriente Rojo”; qué y cómo resultó importado al Caribe entre los 1960 y 1990. Si no logramos una respuesta consistente, eso significará, por una parte, que renunciamos vergonzosa o cobardemente a analizar una parte importante de nuestra propia historia, de nuestra propia biografía y de nuestra propia futuridad; debemos ser valientes y asumir tal reto con voluntad, pudor y valor. Y por la otra, significaría que igualmente nos abstenemos de reflexionar socialmente sobre lo que ocurre hoy en Nuestra América, lo que pasa en China, en Europa y en los países árabes.

**Jorge Luis Acanda:** El concepto de “intelectual” tiene varias acepciones. En una interpretación lamentablemente mayoritaria, se entiende por tales solo a los escritores y artistas. Yo asumo, por creerla más adecuada para comprender las dinámicas de los procesos sociales contemporáneos, la interpretación gramsciana, que considera como intelectuales a todos aquellos que ejercen una labor intelectual. No solo periodistas y escritores, sino también los maestros, las cuidadores de los círculos infantiles, el personal creador de los medios de difusión masiva, los economistas, los organizadores del espacio público (tanto físico como espiritual), los sacerdotes, los que se dedican a las ciencias naturales y las ciencias sociales, etc., que necesariamente han de ser agrupados bajo el rubro de “intelectuales”. Y también, por supuesto, los políticos profesionales (que ejercen una labor intelectual, aunque muchos no acierten a entenderlo o no quieran aceptarlo). Con magnitudes diferentes, y con mayor o menor suerte, pero todos ellos ejercen una labor fundamental para construir o para desafiar eso que Gramsci llamó “hegemonía de la clase dominante.”



Jorge Luis Acanda

Si cuando hablo de cambios hago referencia a las transformaciones que deseo, porque considero que son los únicos que pueden salvar a nuestro país –los cambios dirigidos hacia una creciente socialización del poder y de la propiedad– el aporte de todos esos grupos que incluyo dentro del rubro de “intelectuales” residiría precisamente en la organicidad de su accionar intelectual con ese propósito. Es decir, en la coherencia y correspondencia entre el desempeño de su labor intelectual profesional y las demandas que presenta ese proceso de socialización creciente, para facilitarlos.

**Hiram Hernández:** A la manera tradicional la categoría “intelectual” refiere solo a poetas, novelistas y ensayistas, es decir, al hombre de cultura capaz de poner en blanco y negro ideas propias; pero desde la apropiación gramsciana este concepto alcanza una dimensión crítica de las relaciones de poder. Esta segunda acepción abarca a todos los que contribuyen a sostener o modificar una concepción del mundo que suscita modos de pensar y producir la realidad. Así, se extiende el concepto a los artistas, científicos, arquitectos, maestros, editores, blogueros, líderes religiosos, políticos y militantes. Todo aquel que inserte discursos en el espacio público ejerce una función intelectual.

Por poner un ejemplo: un cantante que aparece en los medios masivos de comunicación ejerce una influencia “intelectual” nada despreciable sobre las concepciones del público. Así, se ha vuelto común viajar en ómnibus o almendrón escuchando canciones donde se identifica la capacidad de amar con la de tener dinero. Creo que, como pueblo, debemos preocuparnos más cuando “se pegan” en el gusto popular canciones aporofóbicas (del griego “áporos,” pobre y “fobia,” rechazo) que por la trans-



gresiones a la lírica o el exceso de erotismo. No se trata de censurar, sino de garantizar la responsabilidad de lo público con respecto al desamparo y vulnerabilidad de los sectores desfavorecidos. Cuestionarnos hasta qué punto el rechazo del “igualitarismo” puede dejar difuso el valor central que tiene para la democracia el principio de igualdad social. Procurarnos “la educación” que nos enseñe a distinguir lo que humaniza y lo que deshumaniza la convivencia social.

Los cambios políticos no son naturales ni espontáneos, pertenecen al territorio de la cultura, entendida como producción de la economía política y la sociedad. Las reformas en curso pretenden superar la crisis y asumir una nueva estrategia de transición socialista en conflicto con otros proyectos “intelectuales” que intentan tanto conservar la estructura del modelo soviético como eliminar su horizonte socialista. Pero sería un error dividir a los intelectuales cubanos en dicotomías de adentro y afuera del país o de las instituciones oficiales. Ni siquiera lo que dice un intelectual de sí mismo puede ser valorado por fuera de la recepción de sus interlocutores. Un discurso primario y autoritario de un funcionario estatal puede insuflar tanta desesperanza hacia el éxito de los cambios como el rencor que al otro lado del espejo puedan exhibir algunos opositores. Ayudar a los cambios entraña incorporar en el debate público el mayor número de opiniones sobre la buena sociedad posible.

Lo fundamental es reconocer la potencialidad de todos los ciudadanos como los intelectuales de su proceso político. Un derecho que le pertenece en virtud de su humanidad y que se desarrolla en la deliberación y “aprendiendo a participar participando.” En tal sentido, el actual proceso de reformas exige profundizar y dilatar la responsabilidad intelectual de cada ciudadano como garantía de su libertad e igualdad. Se trata de reconocerle su derecho a insertar y hacer valer su palabra en el espacio público, con la única condición de que no pretenda socavar la dignidad humana ni el derecho de todos a definir lo que es de pública utilidad.

**Leonardo Padura:** Lo primero sería tener conciencia de que los cambios no deben solo ayudar o favorecer al sector de los intelectuales (y pienso que me preguntan por la intelectualidad artística, ¿no?), sino al conjunto de la sociedad. Que desaparezcan fronteras como la de los creadores que están dentro y los que están en la diáspora, es importante. ¿Pero no lo es más recordar que millones de cubanos viven con un salario de 500 ó 600 pesos (intelectuales incluidos, y no solo artísticos), y tienen que inventarse la vida cada mes? Los intelectuales, desde sus posibilidades y capacidades deben estar a favor de cambios que contribuyan a mejorar las vidas de sus conciudadanos, y de ellos mismos. Es importante, por supuesto, reclamar y apoyar cambios que nos atañen directamente, pero también otros que nos

involucran a todos. Por supuesto, los que están fuera de Cuba tienen sus propias visiones y opiniones, y en muchos casos, cuando no se trata de juicios irracionales o que parten y llegan al odio, a la revancha, a la pose (que de todo hay), deben ser escuchados porque, en tanto cubanos, también su voz debe ser considerada, aunque vivan fuera de la geografía insular. De parte y parte habría que trabajar más por la cercanía que por la separación, aunque creo que la primera y la segunda piedra para ese puente deben ser puestas acá, en la Isla.

**4- ¿Cuál es su valoración acerca del actual desempeño de la intelectualidad cubana en la consecución de estos cambios? ¿Considera Usted que se halla a la altura del presente momento de reformas?**

**Arturo Arango:** Según lo que respondí en la pregunta anterior, me parece que no hay “un” desempeño, sino muchos desempeños. Hay un pensamiento de derechas muy activo, que gana espacios a diario, y no solo fuera de Cuba. Es un pensamiento amparado, en el exterior, por sólidos centros de poder. Esos intelectuales, en su mayoría, están actuando con eficacia.

A los intelectuales de izquierda, en cambio, se nos hace difícil la socialización de nuestras ideas, de nuestras incertidumbres, dentro de Cuba. Las instancias que deciden sobre los medios de difusión suelen identificar el pensamiento de izquierda con la lealtad al gobierno, lo cual, obviamente, es un craso error.

Ahora refiriéndome solo a lo que sucede dentro de la Isla, me parece que hay una notable actividad intelectual, cada vez más diversa, más polémica, a veces un tanto desactualizada, y ávida de espacios más amplios para manifestarse. Salvo en revistas especializadas o en publicaciones electrónicas (que pueden ser consultadas, en Cuba, por una minoría), ese pensamiento no encuentra espacios para actuar de manera directa, inmediata, sobre lo que se llama “la opinión pública.” Quizás sea más fácil leer una novela de Leonardo Padura, de la que quizás se hayan impreso unos cuatro mil ejemplares, que alguno de los agudos artículos que él publica sistemáticamente por la agencia IPS.

Hay que tener en cuenta que, por diversos motivos o pretextos, las instancias que dirigen en Cuba los medios de difusión masiva han evitado, coartado, demonizado sistemáticamente el discurso crítico de los intelectuales. No me refiero, como es natural, a esa crítica que podríamos calificar como costumbrista (el pan no tiene calidad, el transporte es pésimo, no vino el pollo de la dieta) sino a la crítica desde las ideas, por las ideas. El intelectual es aquella persona que analiza, critica, propone escenarios posibles y, también, puede ser el abogado del diablo, mostrándole a la sociedad un espejo de los demonios que pueden desatarse ante tal o cual escenario.

En los meses más recientes, por ejemplo, varias personas del gobierno (incluido el propio presidente) han anunciado que se trabaja en el programa que definirá el modelo económico social hacia el que se encamina el país. ¿Quiénes están realizando ese trabajo? ¿Sobre qué bases o principios? ¿Atendiendo a qué aspiraciones, a qué conceptualizaciones previas? ¿Dónde, en qué espacios de debate público, se habría construido el consenso necesario desde el que pensar un programa de tales dimensiones?

**Dmitri Prieto:** Valoremos a partir de la “realidad”, pues. Hace relativamente poco retumbó la valoración de un artista visual sobre la nueva Ley Tributaria. El artista –también Diputado- daba su apoyo a la Ley –que no fue discutida públicamente, a pesar de que contribuyentes en principio somos la totalidad de la ciudadanía de la República- a la vez que aportaba varias interesantes ideas sobre el funcionamiento de la economía nacional, el fisco y lo justo del sistema impositivo.

¿Es legítimo para un escultor opinar sobre economía? Sí, porque lo atañe a él también: es ciudadano, y contribuyente en el sentido más clásico, ya que participa con su obra del “mayor mercado no regulado del mundo” (Robert Hughes *dixit*). ¿Podemos pensar que la opinión de un escultor nos convenza como la de un economista, antropólogo o trabajador social? No,

porque no se especializa en eso, a no ser que en tanto ciudadano logre mediante el análisis de la realidad crearse un criterio convincente, respaldado por lógicas, vivencias, datos y compromisos sociales. Es decir, de algún modo debe entrar en contacto con los saberes económicos, aunque sin hacerse por ello economista de academia (y los mejores críticos de la economía “científica” no son economistas de academia – aun cuando éstos en muchos casos deben terminar contando con la opinión de aquéllos: el caso de Karl Marx es el más clásico; también Cornelius Castoriadis o, en cierto modo muy especial, Nassim Taleb).

El artista visual tuvo la oportunidad de ser Diputado y opinar a partir de su prestigio como “intelectual”... ¿Qué es, pues, genéricamente hablando, un “intelectual”? ¿Por qué se supone que un escultor posee más prestigio para hablar de temas sociales que un panadero o un chofer de taxis?

Y si un escultor puede implicarse pública y legítimamente en cuestiones del sistema tributario, ¿por qué no fue convocado el resto del pueblo no-economista, la gente que también es contribuyente y disfruta de los derechos cuya base material reposa sobre los impuestos?

Es cierto que un Diputado es electo como representante de un circuito electoral, pero dudo que en ese caso haya hablado –previa consulta- a nombre de todo su electorado (porque tal consulta es difícil de realizar en las condiciones de Cuba, y realmente no hay noticias de que jamás se haya hecho).

Entonces, si lo que hay es simplemente un ciudadano “común” emitiendo un criterio a partir de su discernimiento propio, su privilegiado acceso individual a la posibilidad de un discurso público sobre un tema de alcance público debemos verlo como un hecho meramente propagandístico (y no científico-investigativo, artístico-catártico o político-representativo). Y resulta tremendo que una Ley que atañe a tanta gente no haya tenido una discusión popular de manera oficial.

Entonces, ¿qué es un “intelectual”? ¿Dónde está el límite entre “intelectual” y “no-intelectual”? ¿Son “intelectuales” un cirujano, un controlador de vuelos, un operador del Despacho Eléctrico Nacional, quienes trabajan fundamentalmente con sus manos pero usan su mente, aunque no para crear nuevos imaginarios culturales, como los intelectuales “humanistas”? ¿Una enfermera, es “intelectual”? ¿Lo son un científico o una ingeniera? ¿Una maestra de preescolar o un profesor de preuniversitario? ¿Es “intelectual” un físico nuclear de Juraguá que ahora imparte clases particulares de inglés? ¿Lo es un chofer de taxi particular ya especializado en reclamar a la policía y la ONAT por violaciones de sus derechos? ¿O un chofer de taxi estatal que fue antes biólogo molecular? ¿Un piloto de IL 96, o un Capitán de la Flota Camaronera? ¿Y el Capitán de la lanchita de Regla, es “intelectual”? ¿Una artesana que vende en la Feria de Obispo? ¿Y un artesano que vende en *Arte*



Hiram Hernández

Foto: ManRoVal

para Mamá? ¿Un pintor *naïf*? ¿Una pintora abstracta? ¿Un artista visual miembro de la Asamblea Nacional? ¿Un Diputado que no es artista, sino panadero (no sé si tal diputado existe, pero bien pudiera...)? ¿Un boxeador olímpico, que no es Diputado, pero puede llegar a serlo, y que obviamente debe saber usar bien su intelecto para calcular y esquivar los golpes?

Está claro para mí que el término “intelectual [con criterio público]” depende de densos estereotipos culturales, y no del mero hecho básico de trabajar o no con la mente. En todo caso, no se usa con demasiado ajuste al criterio de la posesión especializada de saberes profesionales, o a la creatividad.

La condición de “intelectual” se nota que es, por tanto, bastante arbitraria. Quiero decir, la de “intelectual capaz de emitir juicios sobre asuntos públicos.” Deberíamos pensar en extenderla a la totalidad de la ciudadanía interesada en tales asuntos, y por tanto (asumamos que) en profundizar sus juicios sobre los mismos.

Porque se trata primariamente de destronar la impía “trinidad” moderna que oprime a todo lo vital en nuestras sociedades, ya sea de manera “totalitaria” o “democrática”: me refiero a la tríada asesor-decisor-beneficiario, en cuyo imperio se basa el funcionamiento “intelectual” de los actuales Estados, academias y ONGs. El intelectual, “académico” o “especialista,” aparece como “asesor” o “consultor áulico,” en las variedades individuales de “superestrella” mediática o un simple y humilde analista de datos, o colectivos de los conocidos “tanques pensantes,” a disposición de las oficinas burocráticas (estatales, corporativas, ONGnistas o de organismos internacionales)... Las otras hipóstasis de esa profana “trinidad” son el decisor (manejador de fondos y flujos monetarios, o bien persona a cargo de la elaboración y puesta en práctica de importantes regulaciones sociales) y el beneficiario (la comunidad de personas destinatarias de los recursos).

El asesor asesora al decisor. El decisor [se entiende que] favorece al beneficiario. El beneficiario es investigado por el asesor y a veces puede influir en el decisor. En mi criterio, tal relación “trinitaria” debe ser subvertida.

En una sociedad auto-organizada el rol del trabajador intelectual trasciende el de ser asesor de un gobierno o una empresa. El conjunto de las personas que componen la sociedad son y en derecho deben ser, competentes a la hora de tomar decisiones oportunas en torno a sus intereses. Un diseño social-institucional donde la toma y ejecución de tales decisiones realmente se socialicen y se personalicen en función de cada cual (cada persona se vuelve sujeto protagónico-solidario de la vida compartida de la sociedad toda) debe complementarse con un régimen social-intelectual donde el imaginario común de la comunidad crecerá a partir del “juego franco del pensamiento sin tasa” entre todos y cada uno de sus integrantes, más allá de si ellos o ellas son “intelectuales” en sentido profesional.

Quiénes sí utilizamos la mente como medio principal de trabajo, tendremos así la oportunidad de compartir talentos más allá de las institucionales y tristes “peceras” o “tanques<sup>1</sup> pensantes,” y la labor de asesoría pasaría a ser parte del flujo de lógicas y afectos que permea libremente las intimidades de cada ser humano, quien, como bien sabemos, nunca “es una isla, sino que está involucrado en la humanidad.”

¿Acaso no es razón fascinante para la alegría y el prestigio el ejercerse “consultor áulico solidario” de una comunidad de paisanos libres, ya sea en una cuadra, o caserío, o en todo un pueblo? ¿No vivían así los sabios de cuyas vidas leemos en la Biblia o en Ifá? Pero para llegar a sabio, sí que no basta un diploma, y lo primero que hace falta es justamente la profunda voluntad de afecto hacia la libertad de los y las demás.

En un debate reciente que tuvo lugar en un centro social autónomo (la Galería Cristo Salvador, de Otari Oliva Buadze), discutimos junto con sus protagonistas los formidables proyectos de revistas editadas por cuenta propia (“*samizdat*”) que existieron en Cuba en los años 90 (*Naranja Dulce, Albur, Diáspora(S), Loquevenga, Enema*).

Me di cuenta de algo que no me fue revelado antes: hoy tenemos blogosfera y redes sociales, tenemos espacios relativamente libres para el debate como los de *Temas, Observatorio Crítico, Espacio Laical o Estado de SATS*, tenemos Telesur, a Talía González y el *Granma* de los viernes, tenemos a Los Aldeanos, Real 70 y Buena Fe (perdónenme la comparación; no tenemos sin embargo a Habana Abierta, es decir, no tenemos a la Habana Abierta de los años 90), tenemos pronunciamientos políticos explícitos, prisioneros liberados y circulación prácticamente libre de información por los puertos USB y discos CD/DVDs. Hay posibilidad de imprimir materiales en papel y de enviar información al extranjero vía SMS/*twitter* (mediante pago en ambos casos), aunque sigamos sin Internet. El sintagma “diversionismo ideológico” suena algo desfasado y a muchos nos recuerda más a Gorki Águila o a Eduardo del Llano que a aquel extremista de cuando yo estudiaba en el preuniversitario. Ahora, para colmo, se puede viajar si hay dinero y visa.

Pero si comparamos la profundidad del debate, su originalidad, la incorporación del pensamiento foráneo reciente en la esfera pública nacional, la sinceridad de las propuestas, la acometividad (siempre tengo problemas para traducir al castellano la palabra *commitment*: “compromiso” no me funciona) de agentes del cambio con la sincera praxis del pensar y hacer, creo que las señales de plenitud están del lado de aquellos quijotes de los '90, aun cuando hoy seamos —explícita y honorablemente— más diversos. Su *samizdat* era más gozosamente deseado en su tiempo que cualquier blog de hoy; sus revistas eran tremendamente profundas y actuales, originales y hechas para comunión. Tenían garra. *Albur*

y *Diáspora(S)* probablemente hicieron cada una más traducciones originales de pensamiento al castellano que *Espacio Laical*, *La Joven Cuba*, *Negra Cubana*, *Observatorio Crítico*, *Generación Y* (¡premio Ortega-y-Gasset!) y [valga la redundancia] *Estado de SATS* (¡donde confluyen arte y pensamiento!), totalizados.

Eso me preocupa. Tiene que ver directamente con el desempeño intelectual y con estar a la altura del momento. Por otro lado, es indudable que el ágora cubana crece a pasos agigantados, pero seguramente ninguna reunión de la actual Articulación Regional de Afrodescendientes de Cuba (ARAC) tiene el “sabor” de aquellos encuentros semi-underground de activismo afro a lo ’90, con las hermanas Shakur.

Tal parece que el actual proceso cubano de libera(liza)ción [¿les gusta más con o sin los paréntesis?] en lo intelectual –reforzado por la fuga de talentos a la diáspora– ha conducido a la instauración de un sentido común que –eso sí– se siente y se vive “libre” (tome el ejemplo del reguetón, de PMM, de la sexualidad juvenil, de la ostentación de la riqueza, de las Maestrías gerenciales, de Halloween, de la sobredosificación informativa, mediática y audiovisual a través del mercado o de USB), incluso “libre en plenitud” (se ha avanzado muchísimo en la libertad religiosa, se combate la exclusión por orientación sexual), mientras en profundidad está anclado a densas madejas de alienaciones en tensión globalizada de “este mundo.” Pocos vivencian hoy el goce de “lo prohibido” leyendo los “libros subversivos” de antaño (en realidad, nunca estuvieron prohibidos en Cuba como, por ejemplo, en la URSS), mientras es dable cargar en la computadora casera un largo serial sobre Stalin, un documental sobre el juicio al general Arnaldo Ochoa o el texto completo del *Libro negro del comunismo*... Los cuestionamientos de los ’90 a muchos jóvenes de hoy les parecerán superfluos, complejizantes o ya sobreesidos. Y es que –pienso, sin ánimo de verdad absoluta– el tema central de aquellos debates era la libertad... en su sentido más pleno. La [vivencia y exigencia de] plenitud en la libertad de hoy remite, en cambio, a la experiencia directa de vivir gozando el momento, de divertirse sin cargar la aplastante y ríspida cruz de la duda, de poder negociar sin interferencia del Estado o de pensar una Cuba más inserta en las dinámicas globales. Sin negar que algunos de estos *animus* resultan sin duda consistentes (en más medida respecto a la libertad en su uso instrumental, sin embargo, que a su planificación: recordemos la justa exigencia de Internet, como lo fue ayer la de transmitir Telesur o la de quitar el permiso de salida), me parece que las grandes dudas y las grandes causas cubanas de los ’90 son mucho más afines a quienes hoy vamos imaginando un mundo sin tantas dominaciones globales y a quienes nos toca ir contra el sentido común opresor.

El conflicto básico actual entre las propuestas alternativas de izquierda y de derecha para Cuba pasa por

la demanda de que el país se inserte plenamente en el sistema social global (derecha) o de que –junto con quienes en todo el planeta se indignan e intentan un mundo distinto (izquierda)– se sume a la panoplia de proyectos que en diversas partes de la Tierra interpelan activamente a la opresión (política, económica, ecológica, gerencial, étnica, de género, de “las dominaciones y potestades de este mundo”).

No se trata de “utopías” (por cada utopía hay [al menos] una antiutopía, y en mi criterio es irresponsabilidad pública invocar aquella sin mencionar esta): se trata de opciones. Cada cual puede asumir la postura conformista: “en todo el mundo es así; hace falta que aquí también lo sea”; o una postura de pelea espiritual: “sabemos que el mundo es diverso; hace falta que Cuba viva esta diversidad del modo más libre posible, y así ayudaremos a hacer un mundo también más libre.” Ambas opciones son legítimas; pero una propone que la democracia se detenga ante el poder “ineludible” del Capital (“el capitalismo está regido por leyes de la naturaleza, es inevitable”) o del Estado (“estamos a 90 millas, no podemos permitir...”: recuerdo que en el preuniversitario –junto con lo del “diversionismo ideológico”– me enseñaron la noción de fatalismo geográfico), y la otra desea que la democracia sea norma de convivencia en expansión liberadora, que vaya creando más y más modos de buen vivir, diversos y cada vez más libres. Recordemos que en el siglo XIX cubano también la esclavitud era considerada natural; al igual que la condición a-política de la mujer (mujeres cubanas votaron por vez primera en el seno del Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí y los obreros libertarios del sur de la Florida).

De algún modo sospecho que la filosofía, la crítica, el arte libre y el librepensamiento en general, que en diversas tendencias y modalidades florecieron en la Cuba de los años 90, son más afines a la izquierda global (no a la de las UMAP, las falacias televisivas y el “diversionismo ideológico”) que a la derecha criolla, la cual quedaría satisfecha con sendos permisos para formar más partidos, comprar acciones de Gaviota y presentar candidatos propios al Senado. No estoy en contra de más partidos, pero me parece que la libertad no se reduce a unas elecciones senatoriales, sobre todo si persisten obreros y otros trabajadores sin voz ni voto respecto al destino de lo que producen, y barrios marginales cuyos decisores cabalgan la hipocresía o van atados de pies y manos mientras la violencia va en aumento.

La política explícita de los blogs y las propuestas de cambios que toman el *statu quo* global por modelo para Cuba explícita un sentido común ya lo bastante capitalizado, reprimido y represivo, que para darse continuidad suele quedarse a nivel de consignas básicas y abstenerse de pensar *plus ultra*. Es el cinismo esperemos que sincero, es a la larga la tan prevalente nota de tris-



teza nostálgica y pesimista que muchos practicantes de tal línea de vida perciben, amplifican y viven como inevitable.

Ojo: no invoco la permanencia de un estatismo agobiante y atroz, ni del ya machucado fatalismo geográfico de "...estamos a 90 millas del Imperio y, entonces, los yanquis...". Pero la sociedad real —sobre todo en su raíz (*grassroots*: otro término anglo que me parece intraducible como "base")— es más plural y más fértil en propuestas que cualquier modelo, aunque también suele alojar represiones.

La profundización del pensamiento es una agencia de cambio en pro de una Cuba más libre y más justa.

La profundización del pensamiento ayuda a quienes ansiamos vivir nuestra fe en Cristo, en la convivencia libertaria, en la democracia, en el socialismo, en la posibilidad de la revolución, en el ser humano concreto, prójimo, vecino, colega o hasta enemigo.

Va muchas veces a contracorriente del sentido global de "este mundo" —y tal es la valencia más inmediata, completa y atrevida del ser cristiano, anarquista, demócrata, socialista, revolucionario, humanista. Ojo, nuevamente: no me refiero a la contracorriente que invoca la pluralidad en la ONU, pero olvida la pluralidad en "el patio de mi casa" que resulta que "es especial".

Ponerle límites represivos al pensamiento en nombre de una "realidad natural" es tan lacerante como meter a un filósofo en un *gulag*. Y a la larga (a diferencia del *gulag*), resulta imposible. Y en política, los silencios cuando son intencionados llegan a ser inicuos. De nuevo, *sapere aude*: hay que ser atrevido para pensar y para saber. De ello dependerá cuánto más democrático u opresivo sea el mañana.

**Jorge Luis Acanda:** Como se entenderá por mi respuesta anterior, prefiero hablar de "intelectuales" y

no de "intelectualidad". Muchas veces con este último concepto se designa solo a escritores, periodistas y artistas. Y no es que la labor que ellos ejercen no sea importante para la construcción y reconstrucción constantes de la hegemonía de una clase social, sino porque no son los únicos que juegan un papel en la difusión de ideas, valores, representaciones, socialmente aceptadas. Pongo solo dos ejemplos: la escuela (sobre todo en las edades más tempranas, por lo que tendría aquí que incluir a los círculos infantiles) y la televisión son dos agencias de socialización sumamente importantes. Por lo tanto, dos espacios fundamentales de producción de sentido, de construcción de hegemonía o de contrahegemonía. Siendo así, no podría dar una respuesta única que intentara dar una visión globalizadora de los desempeños actuales de tan diversos grupos profesionales. Incluso si tomáramos tan solo a aquellos que tienen una tribuna pública más visible, como periodistas, escritores (con ello quiero decir los que escriben ficción: novelistas, poetas) y artistas (actores, pintores, escultores, etc.), tampoco podríamos hacer un juicio unívoco, pues todos ellos no actúan desde una unicidad de intereses, posiciones sociales de partida y creencias. Para mí, la clave estaría en que aquellos que tienen las mayores cuotas de poder faciliten, con sus diversas formas de ejercicio de ese poder, la construcción colectiva de espacios de socialización de las personas, espacios que conduzcan al desarrollo en ellas de aquellas potencialidades y capacidades que los hacen ser verdaderamente humanos. No son precisamente la creencia en dogmas, el individualismo posesivo o la racionalidad instrumental los que promueven la libertad ni la democracia.

**Hiram Hernández:** ¿Sería posible emprender reformas sin intelectuales? ¿Es posible una Revolución sin argumentos, sin un pensamiento crítico que lo someta todo a libre examen, que lo cuestione todo? ¿Es posible el socialismo sin que todos los hombres y mujeres se autorreconozcan en su interior como sus intelectuales? Invierto la pregunta porque temo tanto la propensión antiintelectual como al intelectualismo. Los intelectuales parece que hablan de más cuando la sociedad no habla lo suficiente. Mis alumnos me entenderían y discutirían más si vivieran la política como la pasión que los autoorganiza desde sus bases. Estaríamos más "actualizados" si se actualizaran los recursos ciudadanos para ejercer mayores exigencias sobre la utilidad intelectual.

El primer deber intelectual es hallarse a la altura de las necesidades de la sociedad de la que forma parte, esto es, utilizar el pensamiento y la ciencia que conoce para defender mejores reformas, polemizar con las tendencias y corrientes que sospecha no llevarán las reformas hacia mejores soluciones, acompañar la vida de la sociedad con valoraciones críticas hacia lo que "no es suficiente" y argumentos para su "deber ser posible"

El intelectual no es la única conciencia crítica de la sociedad, pero su “privilegiada” participación en el espacio de la cultura y en el ágora pública implica una relación orgánica con la política, donde no bastan ideales hermosos, elocuencias y pericias ilustradas para subvertir la hegemonía. La organicidad del intelectual se define en el momento en que reproduce o subvierte el consenso obediente a las razones totalizadoras del mercado y el Estado, el beneplácito culpable con la ética de la banda de ladrones y el sentido común que impone modos de actuación y estilos de pensamiento que reproducen el poder dominador a todos los niveles de relación social.

Estar a la altura del momento implica reconocer que la sociedad cubana se mueve entre dos extremos de consecuencias sociales dramáticas: por un lado, un estatismo verticalista donde los administradores asumen que lo público les pertenece sin rendir cuenta a la ciudadanía; y, por el otro, un ideal de “libertad privada” donde cada cual cree que puede hacer en el espacio público lo que le plazca, incluso privatizarlo. A nuestra república le faltan mecanismos de control ciudadano para orientar y gobernar los espacios que le pertenecen y una esfera pública donde los criterios sobre lo que es un bien común disputen contantemente y se construyan consensos.

Por ello asumo que lo que puede obtener la sociedad cubana de sus intelectuales no se resuelve en el campo de su elección entre “dócil o disidente” o en el “dime que te diré” de la ciudad letrada, sino en lo que hace su opinión publicada para vigorizar la opinión pública; en lo que hace para dar fuerza intelectual al saber social y fuerza social al saber intelectual. Esto es, en definitiva, empoderar las condiciones en que todos los ciudadanos acceden a deliberar y codecidir las normas para mejorar sus vidas juntos.

**Leonardo Padura:** Creo que no, que la intelectualidad cubana no se encuentra a la altura de lo que el momento está exigiendo, y por varias razones. La primera es que el espacio con que cuenta para expresarse es muy limitado o está excesivamente politizado o satanizado, como es, en el primer caso, el espacio de los periódicos oficiales y, en el segundo, el de los blogs virtuales. ¿Cuántos escritores cubanos tienen columnas en los medios de prensa nacionales? ¿Cuántos van a la televisión a hablar de la sociedad y no solo del reguetón o de la programación teatral? Pero, ¿los periodistas cubanos no son intelectuales o funcionarios propagandísticos?... ¿Saben que en un noticiero de televisión que me iba a entrevistar por el Premio Nacional de Literatura -entrevista que al final no me hicieron- solo la harían si era grabada, no en vivo?... Y en los blogs, qué ocurre: pues que el 90 por ciento de ellos –por lo menos, aunque aventuro una cifra que no domino, solo la intuyo- son catalogados de castristas o anticastristas,

según desde el lado en que se les mire, y se han dedicado, lamentablemente, a convertirse más en plataformas de ataque que en espacios de reflexión, análisis, etc., salvo algunas excepciones que... al final han sido catalogados de anticastristas o, por lo menos, de poco oportunos o problemáticos, como ha sido el caso de *La Joven Cuba* y el *Observatorio Crítico*.

El problema es que el arte tiene su función específica, que es mirar una realidad, analizarla, reflejarla con recursos propios, que no son de carácter político expreso. El arte cambia las cosas a largo plazo, aunque hace conciencia desde el presente. Pero, ¿una obra de teatro que es vista por algunos miles crea conciencia colectiva? Sí y no. Pero habría que pensar más en el sí, en la conciencia que puede crear.

El arte cubano de los últimos 20 años ha estado a la altura de su tiempo –y verán que no me estoy contradiciendo- porque ha sido un arte que, en lo fundamental, ha tenido una visión crítica de la realidad del país. Pero, a la vez, muchas veces ha limitado –o se ha visto obligado a limitar- su esfera de influencia a sectores pequeños de la ciudadanía, porque sus vías de difusión han sido muy estrechas y condicionadas. Pero cuando esos artistas opinan sobre aspectos concretos de la realidad, una gran parte de las veces su opinión se convierte no en el juicio o la mirada de un individuo, un ciudadano, sino en la plataforma sobre la cual se sube otro para dar su opinión partiendo, muchas veces, de la descalificación del artista o periodista. Es como un mundo post torre de Babel, en la que cada cual habla de lo que le interesa en un idioma que los demás no comprendían, sin mayor sentido de la confluencia, la búsqueda de consensos.

Es cierto que hay espacios, desde oficiales hasta espacios considerados “problemáticos” o incluso adversarios, enemigos, manipulados, etc., en los que se han abierto rutas para el debate. Y en esos espacios, si hacemos una comparación con los que existían hace veinte años, se están vertiendo opiniones, ideas, propiciando debates importantes, aunque lamentablemente su alcance sigue siendo limitado, porque no se les ofrecen posibilidades de mayor difusión, porque la prensa oficial no los reconoce o apenas lo hace, y porque esa prensa está a siglos de distancia de ellos... Pero, volviendo al asunto de la altura: ¿si los cambios en Cuba se promueven desde arriba, ¿cómo podrían los intelectuales estar a unas “alturas” de decisión a las que no pueden asomarse? ¿Pueden los intelectuales con sus opiniones generar cambios? Creo que no, o que muy poco, y eso les resta altura a sus posibles funciones sociales.

**5- ¿Cómo se podría promover y facilitar más el ejercicio de la responsabilidad social de nuestros intelectuales?**

**Arturo Arango:** Democratizando los medios de difusión masiva.

Me parece, además, que en estos menesteres el adjetivo “cubano” puede salir sobrando. Las tareas intelectuales no tienen fronteras, el pensamiento menos aún, sobre todo en un planeta cada vez más interconectado, más globalizado, como de sobra conocemos. Estoy convencido de que uno de los males mayores de la cultura cubana es su egocentrismo, su obsesiva autorreferencialidad. Apenas nos pensamos en relación con escritores, artistas, historiadores de otras partes del mundo. Durante muchos, demasiados años, el lector cubano ha leído, mayoritariamente, lo que han publicado las editoriales cubanas. Esa es, quizás, una de las mayores deudas que la política cultural cubana tiene con el pueblo cubano. La democratización a que me refiero incluye que el lector cubano pueda leer en las páginas de un periódico textos de Boaventura de Sousa Santos, o de Jacques Rancière, o de Noam Chomski, por solo citar tres ejemplos de intelectuales que son, sin duda alguna, referentes de la izquierda en todo el mundo.

Por otra parte, la realidad cubana no existe en una burbuja de cristal. La interpretación y la transformación de nuestra realidad no sucede en un espacio aislado, al vacío. Nuestras contradicciones, nuestros desafíos, no son exclusivos de “lo cubano”, de esa esencialidad cada vez menos sostenible. Sin comprender el planeta en que vivimos, sin interactuar con pensadores colocados en otros puntos de vista, difícilmente podremos cumplir esa función social que es inherente a la condición intelectual.

**Dmitri Prieto:** Creo que la respuesta de esta pregunta ya la di en las anteriores. Solo recordemos: la libertad del pensamiento es siempre la libertad de quien piensa distinto; mi libertad comienza donde comienza la libertad del otro; solo el libre desarrollo de cada cual es condición de posibilidad para el libre desarrollo de todos.

Cuando comencé a acercarme a lo novedoso de ser cristiano, un maestro católico me explicó que la palabra “prójimo” en griego denotaba al guerrero que, con su escudo del lado del corazón, protege su propio costado y también el flanco diestro de quien empuña la lanza a su izquierda, en la apretada formación de falange.

**Jorge Luis Acanda:** No son solo los políticos, maestros, directores de programas de TV, sacerdotes, los científicos naturales y sociales, escritores y artistas y los políticos, los que tienen una responsabilidad social que hay que estimular y promover, pero además –algo muy importante– por la que han de responder. También la tienen los padres, los constructores de puentes, los agricultores. También los deportistas, que han devenido –con el desarrollo de los medios de difusión masiva y

con la absorción del deporte por el mercado– en figuras públicas con una influencia sobre el imaginario colectivo muchas veces mayor que la de muchos políticos y premios Nobel de la literatura. Incluso el director o administrador de un centro bailable, que asume la decisión de poner solo música enajenante y además ponerla a todo volumen, sembrando así la semilla de más de un conflicto social, a corto plazo algunos y a largo plazo otros, juega un papel público de no escasa significación. Creo que no afirmo nada nuevo si digo que en esa asignatura de ejercer la responsabilidad social, de hacer que todos tengan que responder por sus acciones y tengan que respetar códigos y normas establecidas, nuestro sistema de relaciones sociales deja mucho que desear. Y no solo en ese lado esencial y necesariamente represivo de la exigencia de responsabilidades, sino también en el de promover la asunción, gestión y desarrollo de esas responsabilidades, algo no menos importante que lo anterior. La pregunta, aunque no lo explicito, se refiere a esos dos lados del tema de la responsabilidad social. Y en mi opinión la respuesta tendría que ir en la dirección señalada por el concepto que considero fundamental, y que ya presenté más arriba: socialización del poder y de la propiedad. Promover todas aquellas medidas que se muevan en esa dirección.

**Hiram Hernández:** Ser “intelectual” no es una etiqueta, sino una ética, una función pública, una actitud política y un derecho ciudadano. La responsabilidad debe acompañar la intervención en el espacio público y la participación decisoria sobre las normas sociales y legales que nos afectan.

Toda expresión intelectual debe contener en la afirmación de las razones del yo una relación responsable con la vida de los otros. La responsabilidad intelectual no se refiere solo a los deberes de un sector social, sino a la comunicación de todos con todos. Es el ejercicio de una virtud cívica.

Podemos argumentarlo con un ejemplo reciente: el documento *Cuba soñada–Cuba posible–Cuba futura*, al que siete intelectuales, de disímiles procedencias ideológicas, consensuaron un corolario de conceptos, fines y aspiraciones, concernientes al orden social y político cubano. En él se aspira a superar los marcos intelectuales para –mediante su traducción al lenguaje público– someter propuestas horizontales a la deliberación ciudadana. El Laboratorio Casa Cuba ha asumido la función intelectual de intervenir, proponer y exponerse en la “república de las letras”.

Sin embargo, un texto consensuado entre algunos para ser deliberado por todos permanece en Internet, al que la mayoría de los cubanos no tiene acceso. De lo que se desprende que la virtud invertida en el trabajo de debatir, consensuar y argumentar no ha desplegado, hasta el momento, toda su potencial utilidad.

Que hoy los medios tradicionales de información no sean las únicas herramientas para intervenir en la esfera pública debe ser motivo de contento, pero no de abandono. Los periódicos, las revistas, la radio y la televisión mantienen un rol decisivo en la información y la difusión política. De hecho, en ninguna otra república como en Cuba su titularidad y función los instituyen como bienes públicos. Como ciudadanos somos responsables de controlar los criterios desde donde se decide lo que es de pública utilidad informar, conocer, debatir. Tenemos la responsabilidad de exigir la publicidad de propuestas, deliberarlas y decidir si aportan a la invención de un país mejor. Para ello, lo sabemos, debemos extirpar de nuestra prensa el verticalismo, la homogeneidad, el oficialismo, la preferencia por conflictos foráneos y su distanciamiento del debate intelectual cubano. Debemos exigir que la opinión publicada se parezca y sirva a nuestra opinión pública. Ahora con mayor evidencia, puesto que la experiencia con TeleSUR nos ha demostrado que no hay que ser sibilinos, aburridos, parciales e intelectualmente mediocres para defender la justicia social, la igualdad y la independencia de nuestros pueblos.

La universidad cubana, por su parte, tiene que deshacerse del choteo que llama “ingenuo” al alumno o profesor que pretende investigar “por la libre” temas tenidos por “políticamente complicados”, “mejor no te metas” y “solo para autorizados”. La autocensura es obstáculo moral y toca al ejercicio ético-político socializar el valor cívico de pensar y hablar sin hipocresía.

La universidad del siglo XXI, ante fenómenos globales como la inequidad, la injusticia, la exclusión, la pobreza y el abismo ecológico, tiene la responsabilidad de subvertir las relaciones de poder que han normalizado esa realidad. A lo que la universidad cubana agrega la necesidad de pensar el proceso revolucionario, lo que es posible si se atreve a revolucionar el mismo acto de pensar.

Para asumir ese reto necesitamos una filosofía que reivindique el valor de la emancipación; una historia que remueva “la costra tenaz del coloniaje”; una economía política organizada para la vida y no para el mercado; una ética del respeto a las diferencias; una estética que democratice el goce de la belleza; una sociología que empodere las identidades excluidas; una psicología que extirpe los “fascismos” que llevamos dentro; un derecho que afirme la soberanía popular y una teoría sociopolítica donde la gobernabilidad pertenezca al autogobierno ciudadano.

Ser intelectuales en Cuba y ensanchar la intelectualidad de todos los cubanos no son una utopía. Contamos con la más virtuosa tradición; se trata, una vez más, de darle vida a la semilla de José Martí.

**Leonardo Padura:** - Dándoles a los intelectuales más participación social y política, pero no solo a ellos,

sino a todos los ciudadanos. Las formas concretas en que esa participación se podría lograr son difíciles de definir (al menos para mí), pero lo que resulta seguro es que la pirámide de decisiones sigue teniendo una cúspide demasiado estrecha y que “los de abajo” mueven la sociedad con sus acciones realizadas más que con sus decisiones reflexionadas. Pienso que en un momento de cambios –ya lo dije, y lo repito- la opinión, el debate, el intercambio son fundamentales para lograr consenso, acuerdos, dar pasos firmes con el apoyo de muchos e, incluso, con los desacuerdos de otros, pero sin silenciarlos o atacarlos por no estar de acuerdo. No existe país en el mundo en el que exista una sola opinión. El papel que deberían jugar los espacios públicos de expresión, con la prensa a la cabeza, debería ser mucho más abierto, diverso, complejo. Hablar de lo que a juicio de un ciudadano hace mal un dirigente, un presidente, un gobierno... ¿es antipatriótico? ¿es sumarse al “enemigo”? Habría que tener más en cuenta ese derecho civil y esa actitud cívica de las personas en un momento en el que se están promoviendo cambios que, posiblemente, cambien mucho la realidad social y económica del país, y, posiblemente también, si el marxismo no se equivoca en eso, cambiarán en su momento y de algún modo la realidad política. Cambiar no es solo cuestión de medidas, leyes, ni siquiera de modificaciones constitucionales, sino algo más profundo: cambiar de verdad las mentalidades, aceptar la diferencia como un componente del juego, abrir espacios de debate profundamente democráticos... No sé cómo, ya lo dije (aunque sé desde dónde: desde una política inclusiva y democrática), pero creo que los intelectuales cubanos pueden hacer algo, o al menos intentarlo – como diría Les Luthiers- para conseguirlo.

Nota:

1- En el inglés original, *tank* alude aquí no a la blindada máquina de guerra, sino a una vulgar pecera o *fish tank*.